

LA DOCTRINA DEL ESTUDIANTE PERSA

Muchos extranjeros visitaron a la isla antes de que la brillantez del diamante centellante en la montaña misteriosa tras del templo, empezara a agotarse. Entre los visitantes, había algunos estudiantes persas que vinieron de muy lejos para buscar más conocimiento, dado que en su tierra, la verdad empezaba a ser olvidada, o se encontraba oculta bajo un espeso velo de interpretaciones fantasiosas por los decires de sus sabios, que se estaban convirtiendo rápidamente en nociones supersticiosas. Por lo tanto, estos jóvenes, pensaron que en la isla, cuya fama se había extendido por mar y tierra, encontrarían el conocimiento, la sabiduría y el camino hacia el poder. Todavía, aunque estos eran sus pensamientos, consideraban que algunas cosas eran establecidas aún por los sabios. Lo que dijeron no me impresionó mucho, hasta que empezaron a mencionar algunas escrituras antiguas de los profetas de su país, intentando probar que el ser humano, aunque similar a Dios e inmortal, a veces transmigraba retrocediendo en los animales, los pájaros y los insectos. Dado que hace muchos años, algunos monjes budhistas divulgaron la misma idea, indicando en su base algún misterio, las máximas de estos visitantes empezaron a perturbarme. Citaron estos versículos del Gran profeta Abad:

El dolor y el sufrimiento de los que viven en la estación próspera, depende de sus palabras o actos en un cuerpo previo, por los cuales el Más Justo ahora los castiga.

Él inflige primero el dolor en la forma humana a cualquiera que haga el mal, pues la enfermedad, el sufrimiento de los bebés en el vientre materno y cuando salen de éste, el suicidio, ser lastimado por animales salvajes, la muerte, vivir con privaciones desde el nacimiento hasta la muerte, son retribuciones por las acciones pasadas y lo mismo acontece con respecto a la bondad.

El león, el tigre, el leopardo, la pantera [...] y todos los animales feroces, incluso las aves, los cuadrúpedos y los reptiles, en un tiempo poseían autoridad, y cada una de sus víctimas, había sido un ayudante o un cómplice, que hizo el mal apoyando, asistiendo o siguiendo las ordenes de aquella clase privilegiada, y habiendo infligido dolor a los animales inofensivos, ahora sus maestros los castigan.

El caballo permite que se le monte, mientras el buey, el camello, el mulo y el burro, llevan las cargas. Estos, en vidas previas, eran seres humanos que impusieron pesos injustamente a los demás.

Las personas dementes y malas, encaran la recompensa de su estupidez y de sus fechorías, encerrados en cuerpos de vegetales. Mientras los depositarios de un conocimiento lodable que hacen el mal, están encerrados en los minerales hasta que hayan purificado unirán nuevamente a otro cuerpo humano y según su comportamiento encararán su retribución.

Estos jóvenes, presentaron motivos tan razonables en apoyo de estos textos, y enfatizaron tanto los grandes alcances de Abad, sin duda un profeta muy intuitivo, que suscitaron algunas dudas en mi mente. Aún los versículos no negaron la antigua doctrina de la

reencarnación del hombre, sino que añadieron una nueva perspectiva al asunto, en la cual no había pensado previamente. Los estudiantes indicaron que estos versículos contenían una doctrina muy sabia y coherente en cuanto declaraban que los asesinos, los tiranos y todos los seres con tales características, serían condenados a vivir en cuerpos de animales feroces como los leones y los tigres. Presentaron algunas razones válidas también por los otros versículos, demostrando que los hombres débiles y mezquinos que ayudaron y apoyaron a los asesinos más fuertes y violentos, serían condenados a precipitar fuera del ciclo humano, en los cuerpos de animales inofensivos, en compañía de aquellos feroces cuya fuerza y salvajismo al final los destrozarán. Por lo tanto, según la teoría de dichos estudiantes, estos descienden juntos a niveles siempre más inferiores de la escala de la vida organizada, alcanzando entonces los reinos minerales, donde no es aún posible captar la diferenciación hacia la dirección humana. Desde allí, los seres condenados permanecerán encallados en la gran masa de fango, al fondo de la escala natural.

Como no deseaba admitir o aceptar estas doctrinas de unos extranjeros, discutí mucho con ellos acerca de este asunto, hasta que dejaron la isla para continuar su peregrinaje.

Un día, como las máximas de Abad perturbaban mi mente y según los estudiantes muchos países las aceptaban y muchos profetas las divulgaban, busqué al hombre mayor que muy a menudo en el pasado me ayudó a encontrar la solución a mis problemas. Era un individuo que había sufrido aún cuando era en posesión del poder y fuese capaz de abrir los planos interiores de la naturaleza y de dar al interlocutor un vista interior momentánea para captar la verdad real de las cosas materiales, lo acompañaba siempre algo que indicaba un dolor acerca del cual no podía hablar. Quizás, sufría por algo tan profundo que solo él sabía, o tal vez la verdad final se le escapó o lo empujaban pensamientos materialistas. Era siempre gentil y estaba listo para ayudarme primero, si me había esforzado en toda manera posible sin tener éxito.

Por lo tanto le dije: "Hermano, después de la muerte ¿transmigamos en los animales?"

"¿Quién te dijo eso?" contestó.

"Es una declaración de Abad, el antiguo profeta de los adoradores del fuego, según el cual descendemos de nuestro estado elevado alcanzado mediante el dolor y la dificultad."

"¿Tu crees en esto? ¿Has reflexionado sobre la doctrina o la has aceptado?"

"No" dije, "no la he aceptado. Mientras más reflexiono, no encuentro la respuesta justa dado que, la doctrina según la cual las personas feroces habitarán los cuerpos de animales feroces y las mezquinas de los animales salvajes, parece coherente, en cuanto los primeros matan a los segundos y el cazador a los primeros. ¿Puedes solucionar este asunto?"

El hombre, dirigiendome una mirada profunda y penetrante, que usaba para averiguar si era la curiosidad la que impulsaba a los que le hacían preguntas, dijo: "Te mostraré los hechos junto a la doctrina corrompida durante la noche de la próxima luna llena."

Esperé con paciencia que la luna creciera, pensando que ésta estuviese relacionada con el asunto, como según la doctrina, provenimos de la luna, como un conjunto de aves que migraron hacia el norte o sur según su naturaleza. Al final el día llegó, y me fui a ver al hombre mayor. Él estaba preparado. Me llevó a una pequeña gruta cerca del pie de la Montaña del Diamante. Al detenernos en la entrada, la luz del diamante parecía iluminar el cielo. Entramos por un corto pasaje en frente, donde nunca había estado antes, un suave ruido de pasos de seres invisibles pareció resonar, como si estuviesen retrocediendo en frente de nosotros, y algunos leves susurros flotaron cerca de nosotros perdiéndose en la noche. No tenía miedo. Estos ruidos de pasos, aunque estraños, no tenían malicia y los susurros tan suaves y melodiosos no me alarmaron. Nos fuimos al lado de la gruta desde donde podíamos ver el lado opuesto. Cerca de la entrada, el pasaje tenía una curva angular que no permitía filtrarse la luz. Esperamos entonces algunos momentos en silencio.

El viejo dijo: "Mira silenciosamente hacia la pared opuesta y no vaciles con el pensamiento."

Fijando con atención la mirada en la dirección aconsejada, pareció temblar, luego una vibración constante la atravesó hasta que asumió la apariencia de nubes pasajeras. Rápidamente todo esto se convirtió en una superficie llana gris, como la tela de un pintor, inmóvil como el cielo claro y aparentemente transparente, iluminándonos sin reflejar.

Mi guía susurró: "Piensa en tu interrogante, en tus dudas y en los jóvenes estudiantes que las suscitaron, no pienses en Abad, pues él es simplemente un nombre."

Entonces, al poner mi pregunta, una nube se levantó en la superficie en frente de mi y se movió, asumiendo formas que primero eran indistintas. En seguida, se convirtieron en formas humanas, eran las imágenes vivientes de los estudiantes, amigos míos. Estaban conversando y yo también era parte del grupo pero mi figura no era tan nitida. No estaban rodeados de la atmósfera, sino que del éter y corrientes de éter llenos de lo que para mi eran átomos corpóreos en un estado de cambio, que se precipitaban de uno al otro. Después de haber acostumbrado mi vista a esto, el viejo me aconsejó que mirase a uno de los estudiantes en particular. Desde él salió un flujo de éter lleno de átomos muy oscuros en ciertos lugares y rojos en otros, que no siempre confluían en sus compañeros, sino que parecían ser absorbidos en otro sitio. Al fijar todo esto en mi mente, los demás estudiantes desaparecieron del espacio, siendo substituidos por algunos animales feroces que deambulaban alrededor del único estudiante que permaneció, aunque parecían muy lejos de él. Luego ví que estos temibles animales, absorbieron el flujo de átomos que él emanaba, al mismo tiempo, la máscara que cubría su rostro se cayó, mostrándome su mente verdaderamente feroz y asesina.

Mi guía dijo: "Él mató en secreto a un hombre durante su viaje. Es un asesino en su corazón. Esta es la verdad que Abad quería decir. Estos átomos salen de nosotros en todo instante, buscan su centro adecuado o sea lo que es semejante al carácter de lo que los ha desarrollado. Absorbemos de nuestros compañeros todo lo que está en armonía con nuestra naturaleza. Esta es la manera en la cual el ser humano se reencarna en los reinos

inferiores. Él es el señor de la naturaleza, la clave, el foco el concentrador superior del laboratorio de la naturaleza. Por lo tanto, los átomos que degrada condenandolos a descender en el reino animal, los recogerá en alguna vida futura, obstaculizandolo o lastimandolo. Pero él, como ser inmortal, no puede caer, lo que se degrada es la parte inferior, personal y atómica. El ser humano es el hermano y el maestro de todo lo que existe bajo de él. Que no obstaculizes y retrazes la naturaleza entera mediante tu fracaso en la virtud."

La imagen fea desapareció, sustituida por aquella de un hombre santo cuyo nombre era Abad, impreso en letras de oro. Él emanaba un flujo de átomos lleno de virtud, esperanza, aspiración, y la impresión de su conocimiento y poder, que se dirigía hacia otros sabios, los discípulos y los seres buenos de cada tierra. Estos átomos aún tocaban a las personas injustas y feroces y donde este flujo pasaba, crecían pensamientos armoniosos, virtuosos y de paz. La imagen desapareció, la pantalla nebulosa vibró y se disipó. Nos encontramos nuevamente en la gruta solitaria. Alrededor de la pared resonaron los ruidos de pasos y los susurros suaves de paz y esperanza temblaron en el aire.

Bryan Kinnavan

Path, Octubre 1892.